

Ortega Figueroa Juliana María* y Dasuky Quiceno Samir Ahmed**

EL DISCURSO DE LA CIENCIA Y EL SUJETO DEL PSICOANÁLISIS

Fecha de recepción: julio 15 de 2004

Fecha de aceptación: agosto 17 de 2004

RESUMEN:

La ciencia moderna se constituye a partir del concepto de sujeto moderno cartesiano, que se convierte en el garante de la verdad sacrificando la subjetividad como posibilidad de un conocimiento universal y objetivo.

Es condición, entonces, la forclusión del sujeto para la formalización de la verdad en la ciencia y es justamente allí que el psicoanálisis le quiere dar un lugar al sujeto, no sólo en la ciencia sino en tanto ser hablante y deseante que sufre y padece del inconsciente.

ABSTRACT:

The modern science constitutes from the concept of modern Cartesian individual that converts into the warrantor of the truth

sacrificing the subjectivity as the possibility of a universal and objective knowledge.

Then it is a rejection of the individual for the formalization of the truth in the science and it is there that the psychoanalysis want to give a place to the individual, and not only in the science, but also in a speaker and desirer that suffers because of the unconscious.

PALABRAS CLAVE:

Ciencia, sujeto, subjetividad, psicoanálisis.

INTRODUCCIÓN

René Descartes, filósofo francés, elaboró y estructuró una teoría filosófica que constituyó lo que se denomina el sujeto de la ciencia moderna y generó una ruptura con toda la historia del pensamiento hasta entonces.

* Psicóloga. Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín, Colombia. Actualmente realiza un postgrado en Gerencia de la Salud Ocupacional. E-mail: juliortega81@epm.net.co

** Psicólogo. Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín, Colombia. Especialista en Ética. E-mail: samirdasuky@hotmail.com

En sus obras clásicas, *El Discurso del Método*, *Reglas para la dirección del espíritu* y *Meditaciones filosóficas*, Descartes plantea que es menester adecuar un método que se desarrolle por la vía de la razón, en tanto nos dice en su *Discurso* que «No hay nada que esté enteramente en nuestro poder más que nuestros pensamientos» (Descartes, 1967: 154) y que sólo es científica la investigación de la verdad que se puede hallar por vía de la razón.

La razón tiene el «poder para imponer orden en las cosas, para comprender el mundo natural y sus leyes y para utilizar ese poder en función precisamente de aquél que posee la razón: el hombre» (Restrepo, 1996:13). Con ello nombra al sujeto de una forma particular y plantea que «estemos despiertos o dormidos no debemos dejarnos convencer sino por la evidencia de nuestra razón» (Descartes, 1967: 164.), rechazando así la experiencia y el saber que se podría adquirir por vía de los sentidos y de la imaginación, ya que éstos dejan dudas sobre lo real.

Entonces, el principio filosófico que da prioridad al racionalismo, Descartes lo describe de la siguiente manera:

...inmediatamente después advertí que mientras yo quería pensar de ese modo que todo era falso era preciso que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa. Y notando que esta verdad: **pienso, luego soy**, era tan firme y segura que no eran capaces de conmovérsela las más extravagantes suposiciones de los escépticos, juzgué que podía aceptarla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que buscaba (Descartes, 1967: p.160)

El sujeto moderno es tan sólo en el instante en que piensa, o, nombrado de otro modo, el sujeto se define como un yo que sólo es en el punto en el que el *cogito* existe. Así el «yo pienso» excluye, suspende y pone en

duda todo el saber que hasta entonces se ha construido y sólo vale el saber que el yo genere en el instante en que *piensa*.

Este yo cartesiano que nombra y define al sujeto, Descartes lo piensa como «una sustancia cuya esencia íntegra o naturaleza sólo consiste en pensar y que para ser no necesita ningún lugar ni depende de ninguna cosa material» (Descartes, 1967: p.160). El hecho de volver sustancia pensante al sujeto es lo que define la función de la duda hiperbólica en Descartes, la cual, Jacques Alain Millar, nombra como «el vaciado de la esfera psíquica, el vaciado del universo de las representaciones, el vaciamiento de todo lo que es imaginario. El cogito en su identidad sólo surge como el residuo ineliminable de esta operación de vaciamiento» (Miller, 1986: 53-54).

Con Newton, la física, que está en intrínseca relación con la matemática, permite potenciar el precepto de la universalidad de las leyes y de la racionalidad como vía de conocimiento certero y único aceptable, haciendo callar definitivamente a los planetas que desde entonces serán sólo para estudiarse desde el lenguaje de la ciencia. Con su teoría del campo unificado que resume la ley de la gravitación, introduce un lenguaje, unas letras, que serán las que mantienen la unidad y las que permitirán estudiar y cuestionar lo real desde la física. Lacan es certero cuando afirma la relación que la física tiene con el lenguaje y con la unificación: «El movimiento newtoniano utiliza el tiempo, pero el tiempo de la física no inquieta a nadie, porque en nada concierne realidades: se trata del justo lenguaje, y no es posible considerar el campo unificado de otro modo que como un lenguaje bien hecho, una sintaxis» (Lacan, 1983: p.360). Y continúa diciendo: «todo lo que entra en el campo unificado no hablará nunca más, porque se trata de realidades completamente reducidas al lenguaje. Creo que

perciben aquí la oposición existente entre palabra y lenguaje» (Lacan, 1983: p.360).

El discurso de la ciencia está ligado esencialmente a la fisicalización y matematización del mundo a través del proceso científico que apunta a la universalización, la homogeneización y la formalización.

La *universalización* produce ideologías generales, con rasgos identificatorios comunes; desarrolla teorías que permiten explicar el mundo en su «totalidad»; busca reducir las diferencias unificando los modos de vida de los sujetos, y los modos de acceder al conocimiento y a la verdad. Lacan dice al respecto de dicha característica que ésta «...se basa en la conservación de una unidad, que no es nada más que una constante que siempre vuelve a aparecer en el cómputo de una manipulación de cifras, es decir, definida de tal manera que haga aparecer a esta constante en el cómputo en todos los casos» (Lacan, 1992: 94). Es, por tanto, un discurso que introdujo en el mundo una proposición universal desde la cual los seres humanos habitan igual y con un fin general.

La *homogeneización* es el proceso de volver todo una misma cosa, negando las diferencias y la singularidad subjetiva, a la vez que hace un *borramiento* de ellas en los sistemas culturales que pretende instaurar por vía de la ley científica. El discurso, entonces, procura para todos lo mismo, tanto de la producción del saber como del empleo del saber; convierte el proceso de homogeneización en una operación de hecho, de acción, de acto, tangible en el desarrollo de cada función estipulada para el sujeto, lo cual confirma el poder que genera sobre éste, revelando así uno de los objetivos fundamentales, o sea la inscripción en la eliminación total de lo Otro para imponer lo mismo, para lograr una uniformidad, así como la pretensión de constituir un universo sin falta, sin límites.

La formalización es el proceso por el cual se instaure una verdad general que da una fórmula de lo que es posible y viable, mediante los sustentos teóricos y conceptuales que construye por vía de la investigación científica. Jacques Alain-Miller refiere lo siguiente: «El destino de la ciencia está vinculado a la formalización, no a la medición; está vinculado al número en tanto que el número figura en forma enigmática la presencia del significante en lo real» (Miller, 1986: p.46).

A partir de lo anterior se comprende cómo uno de los fundamentos del discurso de la ciencia es la *objetivación* que se constituye a partir de la experimentación, la estandarización y la elaboración de leyes. Hay aquí la pretensión implícita de volver las cosas objeto propio de un saber, estableciendo un campo con leyes estructurales donde institucionalizarse y donde aplicar el saber producido. Así, queda como condición del discurso que «necesariamente para que una cosa pueda considerarse como exacta y tratada como tal se tiene que reducir su existencia a un estado de objeto» (Ortega y Gasset. 1966: p.32).

Martín Heidegger afirma que la ciencia es una «teoría de lo real» (Heidegger. 1993: p.112) haciendo que «la naturaleza, el hombre, la historia, la lengua, se exponga como lo real en su objetividad y que, además con ello, la ciencia llegue a ser teoría que ajusta lo real y lo asegura en lo objetivo» (Heidegger. 1993: p.124).

De lo anterior resulta que el pensamiento científico es esencialmente calculador y tiene como ideal la exactitud para formalizar lo real. Uno de los elementos de este principio es la lengua científica, en la cual se anhela no tener equívoco y tener una relación exacta entre lo que se formula y quien lo formula.

Es así como en la emergencia del discurso de la ciencia, y con el planteamiento

cartesiano, se toma como posibilidad y como realidad la idea de poder aprehender la verdad por vía del saber, el cual es uno de los imperativos que se emite desde el discurso, por medio de la orden «*sigue adelante. Sigue sabiendo cada vez más*» (Lacan, 1992: p.110).

El discurso de la ciencia nace y opera a partir de lo que Colette Soler nombrando a Lacan, afirma, «el juego de una verdad estrictamente formalizada» (Soler, 1996: p.86); es decir, es a partir de una manipulación de los números que se exige su formalización. Esta *verdad formalizada* es reducida y codificada en signos de la lógica-matemática, y la física, para intentar capturar lo real. De esto queda que «...el discurso de la ciencia sólo puede sostenerse en la lógica haciendo de la verdad un juego de valores, eludiendo de forma radical toda su potencia dinámica» (Lacan, 1992: p.95).

Es este uno de los elementos que diferencian el psicoanálisis de la ciencia en la medida en que la ciencia busca estudiar lo real del universo por la física y el psicoanálisis busca interrogar lo real del sujeto no por la física sino por la realidad psíquica de aquél, es decir, en su relación con los significantes que lo representan y con su potencial de verdad.

Es pretensión de esta investigación reflexionar sobre el sujeto del psicoanálisis y la relación que tiene con el sujeto de la ciencia, para luego presentar el lugar que el discurso analítico le da al sujeto y a la subjetividad.

MÉTODO

La investigación se soporta en el método monográfico, con un orden teórico y con un género inclusivo, desde el cual se brinda la posibilidad de profundizar y especializar la temática, objeto de investigación.

Esta investigación presenta dos bloques principales, el primero hace referencia a la cuestión del sujeto moderno de la ciencia y

el segundo abordará el tratamiento que hace el psicoanálisis del sujeto y la subjetividad como respuesta a la forclusión del sujeto de la ciencia.

Estos dos bloques presentan un tratamiento a profundidad, con una presentación explicativa-expositiva que deriva en una construcción interpretativa teórica desde el psicoanálisis.

De acuerdo con lo anterior, es posible aclarar que este proceso de construcción teórica está guiado por los elementos que brindaron los núcleos temáticos de la investigación, a saber: el discurso de la ciencia y el sujeto del psicoanálisis.

RESULTADOS

En la propuesta teórica que el psicoanálisis desarrolla sobre el discurso de la ciencia, plantea una definición del saber como la articulación de un significante para otros significantes que producen un sentido y una significación acerca de algo. En la relación discurso de la ciencia - saber, se puede captar cómo la ciencia rechaza al sujeto en tanto sujeto de saber, siendo éste el elemento fundamental que aporta el sujeto cartesiano al discurso de la ciencia; entonces es el sujeto de saber el que es rechazado (Lacan, 1981: p.835)

La lógica del saber como articulación de significantes, revela que éste sólo es saber en la medida en que está organizado para producir sentido; pero, con el discurso de la ciencia se revela, paradójicamente, la capacidad del significante de existir independientemente de la significación que se produce. De este modo, el saber producto, del discurso científico, es un saber con significantes independientes del sujeto y que produce leyes propias enmarcadas en la física y la matemática. Por eso Lacan afirma claramente que «la ciencia, en la medida en que se refiere solo a una articulación que únicamente se aprehende por el orden

significante, se constituye como algo de lo que antes no había nada» (Lacan, 1992. cit: p 172).

Si recordamos que el sujeto cartesiano porta una sustancia en tanto sujeto pensante, sobre él ya había operado el vaciamiento que fue nombrado con la duda hiperbólica. Y aquí, con el discurso de la ciencia, las cosas se problematizan aún más, en tanto la condición esencial de la creación del sujeto de la ciencia es que éste, que nace del sujeto cartesiano, sea *desustancializado* (Lacan, 1973: pp.132-133) de todo elemento constituyente, lo cual genera como efecto un sujeto concebido sin sustancia pensante y sin subjetividad. Este sujeto de la ciencia forcluido, es el mismo sujeto cartesiano que tiene la capacidad de pensar, aunque el punto nodal es que no se admite en el discurso de la ciencia, su pensar y, por efecto, su ser.

Dicha forclusión -si se piensa en términos analíticos-, es la que ubica al sujeto en posición de objeto, anulando su subjetividad.

Jacques (Miller, 1986: pp.54-55) lo conceptualiza claramente: Este sujeto cartesiano, que es de manera estructural el agente del discurso de la ciencia, es un sujeto que al ser correlato del discurso, es completamente desustancializado, no reconociéndose de ningún modo como un alma, no teniendo relación alguna con ninguna naturaleza, el cual se define por haber cortado con toda significación que no sea la que se crea en el punto evanescente y fugaz donde el pensamiento y el ser se hacen uno.

¿Entonces qué queda del sujeto ante la condición de ser sujeto de la ciencia? Lo que queda es un sujeto que accede a una imposición implícita sobre su deseo, es decir, accede a *hacerse un ser* a partir de la construcción de un proyecto que lo impulsa a saber cada día *más* sobre las formaciones del discurso de la ciencia y a incluirse en los uniformizantes modelos de trabajar para

producir saber. Visto de este modo, es posible nombrar en dicha relación que, con el saber que se produce en el discurso de la ciencia, se intenta gobernar el deseo del sujeto. También se intenta gobernar las acciones del sujeto, tal como puede analizarse en el siguiente planteamiento de Lacan:

«Pero una salida se ofrece al sujeto para la resolución de este callejón sin salida donde delira su discurso. La comunicación puede establecerse para él válidamente en la obra común de la ciencia y en los empleos que ella gobierna en la civilización universal; esta comunicación será efectiva en el interior de la enorme objetivación constituida por esa ciencia y le permitirá olvidar su subjetividad. Colaborará eficazmente en la obra común, en su trabajo cotidiano y llenará sus ocios con todos los atractivos de una cultura profusa que, desde las novelas policíacas hasta las memorias históricas, desde las conferencias educativas hasta la ortopedia de las relaciones de grupo, le dará ocasión de olvidar su existencia y su muerte, al mismo tiempo que de desconocer en una falsa comunicación el sentido particular de su vida» (Lacan, 1981: p.101)

Es así que el discurso científico no sabe sobre el sufrimiento a nivel de la realidad psíquica y tan sólo busca consolidarse como una construcción formal por la cual el objeto científico es sólo el objeto formal de la realidad.

Fue justamente a partir de este hecho que Freud recuperó un lugar para el sujeto de la ciencia, al escuchar en sus pacientes, la angustia, las fobias y el malestar de su época, creando así el discurso analítico, que le brinda la posibilidad al sujeto de nombrarse y de reintroducir la palabra que lo representa, al recuperar su experiencia de ser hablante.

La clínica psicoanalítica encuentra que con el lenguaje el sujeto habla para justificar su existencia, para dar cuenta de lo que en sí

mismo significa, para nombrar su relación al Otro, para expresar su angustia (al mismo tiempo que encuentra la imposibilidad que encarna sobre algo que no será posible de decir). Todo lo anterior marca el lugar desde el cual surge esta vía de saber acerca del sujeto y por lo cual puede decirse que el sujeto de la ciencia se ve atravesado por el impasse de no poder nombrar su sufrimiento en el discurso en que se instaura, y el psicoanálisis encuentra que éste se *desborda* del discurso mismo y se revela de otra forma, en las formaciones que se han dado llamar del inconsciente y en múltiples manifestaciones de la realidad psíquica misma.

Debido a ello, Freud estudió y trabajó escuchando y generando una relación transferencial con el sujeto de la ciencia, en la medida en que él mismo fue también un científico y buscó permanentemente este estatuto para su saber psicoanalítico. Su formación médica y científica lo llevaron a estudiar a cada paciente y a evidenciar que el sujeto del psicoanálisis es necesariamente el sujeto moderno, es decir, el sujeto cartesiano que se constituye y se debate en el pensamiento y que, por su ser pensante, es que puede calificarse como sujeto.

Al respecto, escuchemos a Jean-Claude Milner (Pereira y Dasuky 1999: p142) en su texto *La Obra Clara*, quien presenta este hecho con un claro silogismo:

- Si Descartes es el primer filósofo moderno, lo es debido al cogito-
- Descartes inventa el sujeto moderno-;
- Descartes inventa el sujeto de la ciencia-;
- El sujeto freudiano, en la medida en que el psicoanálisis es intrínsecamente moderno, no podrá ser otro que el sujeto cartesiano (Pereira y Dasuky 1999: p142)

Así, los pacientes permitieron que al encontrar el psicoanálisis que el pensamiento del sujeto

cartesiano opera y existe sin que éste sea necesariamente consciente y, que el inconsciente piensa antes de tener la certeza de ello, lo cual deriva en que el pensamiento desde el psicoanálisis deja de ser un corolario de la conciencia de sí, cuestionando de este modo la teoría del pensamiento que hasta entonces estructuraba el discurso científico. Además, encuentra, como ya fue dicho, que hay formaciones de pensamiento en otras manifestaciones inconscientes como los sueños, los lapsus, los actos fallidos, los chistes, las cuales portan, en su estructura, la equivocación como una de sus principales características, evidenciando que tienen un poder subversivo por el cual el sujeto es rebasado en saber sobre ellas; es justamente en la equivocación que la verdad irrumpe y toma su lugar.

El psicoanálisis, entonces, le permitió al sujeto de la ciencia nombrar su verdad, recuperarse a sí mismo en una experiencia subjetiva, más allá de los presupuestos del discurso científico, a la vez que retomó, de este discurso, el conocimiento y la certeza de que existe un saber en lo real que opera independiente del sujeto, el cual está en directa relación con el pensamiento. Acerca de esta recuperación subjetiva, es clara la siguiente afirmación:

El psicoanálisis frente a la ciencia hace dos rectificaciones éticas en dos sentidos: 1) cambiar la posición del sujeto frente a la ciencia tomando en cuenta el goce singular de cada sujeto y producir un cambio de posición respecto a la ética de la ciencia, ya que ésta sacrifica la singularidad. 2). La clínica psicoanalítica propone una fórmula para abordar lo real del sujeto y la vía que utiliza es la palabra, o sea, que es una clínica del decir, del dicho. (Pereira y Dasuky 1999: p142)

Además, el psicoanálisis le nombró al sujeto de la ciencia que allí donde era inconsciente, era él mismo, lo cual deriva varias premisas:

1. La conciencia no es un elemento constituyente del pensamiento en la medida en que éste se genera independientemente de aquella.
2. El sujeto es en tanto piensa y que el pensamiento es un saber que porta una verdad acerca del sujeto mismo.
3. Lo inconsciente revela la existencia de un pensamiento en él, que es susceptible de manifestarse; entonces, *eso, lo inconsciente, piensa*.

Así, el sujeto de la ciencia habla independientemente de que pueda ser consciente de lo que es en el instante en que piensa; Serge Cottet (1988: pp.13-27) lo plantea enunciando que el sujeto no sabe de los pensamientos que lo determinan, aunque ahí estén haciendo de él una división e incluso una inadecuación de sí mismo. No en vano Lacan afirma en sus escritos que «el sujeto cartesiano, es el presupuesto del inconsciente» (Lacan, 2001: p.818), mostrando cómo lo inconsciente y sus manifestaciones están regidas por leyes y lógicas mínimas y particulares.

Es decir, el psicoanálisis enseña que «*no hay deseo de saber*» (Lacan, 1981: p.128), siendo posible comprender que el sujeto cartesiano, el sujeto del inconsciente, habla sin saber, sin saber que *eso piensa*.

En consonancia con lo anterior, Lacan afirma que «*Si donde no es, piensa, y donde no piensa, es*, es precisamente porque está en los dos lugares» (Lacan, op. cit: p.109). Es decir, el pensamiento puede construirse en el sujeto por ser en sí mismo sujeto que puede advenir como ser pensante.

Otra característica -consistente con lo anterior- es que el psicoanálisis nombra al sujeto del inconsciente como portador de una causa, y así las cosas están determinadas por una lógica particular. Ello supone un cierto

determinismo en las palabras del sujeto, pero bajo una extensión de fronteras sumamente indeterminadas. Esto requiere precisar que la diferencia entre el sujeto cartesiano y el sujeto del inconsciente, en éste punto, opera en el momento en que al sujeto cartesiano se le atribuye una unidad susceptible de ser captable por los predicados, por las determinaciones que lo componen como ser pensante, mientras que el sujeto del inconsciente, si bien es determinado por una causa, por su verdad como causa, no es una unidad susceptible de un significativo que la defina, por lo cual se ha llamado sujeto «*falta en ser*» (Evans, 1997: p.89-90), sujeto constituido por esta falta que es justamente la que da origen al deseo.

La teoría determinista siempre busca ver engendrarse lo que se ha constituido en lo real, y que funciona según una ley, a partir de algo originalmente indiferenciado: el azar en cuanto ausencia de intención. Nada, indudablemente, sucede sin causa, nos dice el determinismo, pero es una causa sin intención (Lacan, 1983: p.473).

En síntesis, el psicoanálisis trabaja con el sujeto del inconsciente que queda excluido como sujeto de la ciencia, el cual existe más allá del discurso de la ciencia mismo. Jacques Alain Miller dice al respecto, en su texto *Elementos de epistemología*, lo siguiente: «Por eso el psicoanálisis puede ser considerado como la manifestación del espíritu positivo de la ciencia en un ámbito especialmente resistente a la captación conceptual de la ciencia» (Miller, 1986: p.49). La frase «resistente a la captación conceptual» da cuenta de cómo el sujeto de la ciencia se resiste, se desborda de la conceptualización científica, evidenciando que hay algo de él, otro ámbito, que no puede explicarse ni estudiarse por dicha vía formal del discurso de la ciencia. Este elemento permite decir que hay una resistencia del

sujeto del inconsciente a verse reducido como sujeto de la ciencia, y es éste uno de los postulados analíticos que reintroducen la subjetividad.

De otro lado, Lacan afirma que «La formalización matemática es escritura, pero que no subsiste si no empleo para presentarla la lengua que uso. Esa es la objeción: ninguna formalización de la lengua es transmisible sin el uso de la lengua misma» (Lacan, 1981: p.144). Por esto el psicoanálisis aclara que si bien no todo puede ser demostrado como pretende el discurso de la ciencia, algo verdadero puede ser dicho acerca del sujeto en sí mismo.

Un significante es él mismo por el sólo hecho de su diferencia con todos los otros significantes. [...]. Por lo tanto es esta pura diferencia presente en cada uno la que hace que cada significante signifique lo que significa. Lo que significa no puede comprenderse sino teniendo en cuenta que el lenguaje caracteriza al ser humano. Lo que significa remite a aquel para quien él significa, y por lo tanto al sujeto (Jurenville, 1992. p.45).

Así, el psicoanálisis, desde la función del lenguaje y la palabra, dará cuenta de cómo es el lenguaje en tanto estructura el que produce al sujeto (Lacan, 1973: p.132-133), y cómo la lengua surge de la experiencia subjetiva en la medida en que es el conjunto de significantes que le vienen del Otro al sujeto. Es esta relación del sujeto con el Otro por intermedio de la palabra lo que permitirá comprender que al hablar el sujeto siempre dirá más de lo que quiere decir y siempre dirá otra cosa de lo que quiere decir.

El psicoanálisis, entonces, toma una vertiente en la cual ubica al sujeto del inconsciente en una lógica analítica que sabe de la existencia de una causalidad y que no le exige a éste una formulación absoluta (que por lo

demás no es posible) ya que reconoce que siempre habrá algo que no es posible nombrar, de significar y de contar en él. He aquí una diferencia del discurso analítico con el discurso de la ciencia: el psicoanálisis tiene otra forma de nombrar lo que es real, y sabe que lo real del sujeto va más allá de lo cuantificable y más aún, del significante y su significación. Al respecto Lacan es preciso con la siguiente idea sobre lo que es el psicoanálisis:

Sus medios son los de la palabra en cuanto que confiere a las funciones del individuo un sentido; su dominio es el del discurso concreto en cuanto campo de la realidad transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real (Lacan, 1981: p.78)

En el momento en que Lacan define que el significante es independiente de la significación que produce éste y, en el instante en que encuentra una lógica de operación de aquél, se comienza a construir su teoría por la cual el sujeto es el producto y se genera su definición misma del sujeto: «*el significante es lo que representa al sujeto para otro significante*» (Evans, 1997: p.177)

Pues bien, estos significantes son aquellos que para él vienen a representar al Otro, en cuanto que su demanda está sujeta a ellos y en cuanto que allí está vinculada la estructura constituyente de su deseo, el cual es una condición absoluta del ser hablante.

Por consiguiente, si sabemos que el deseo está instaurado en la cadena significante, entonces se puede comprender que el sujeto del inconsciente es aquel que permanece idéntico a través de la diversidad de la cadena significante, portando el deseo que ésta supone. Y, si el sujeto está determinado por la cadena significante y, ésta es en sí misma indeterminada, aquél permanecerá idéntico pero en una lógica indeterminada. Si se

considera que el deseo da cuenta de que el sujeto está en falta-en-ser, se asume que hay algo de la cadena significativa que no logra representarse y que sólo puede aprehenderse como falta, por lo que se dice también que la lógica del significativo es una lógica de la inconsistencia.

Si bien inconsistencia e indeterminación nombran algo en el sujeto del orden de lo indescifrable, es claro cómo la cadena significativa es la que vehiculiza al sujeto mismo.

Entonces, el sujeto del inconsciente se caracteriza por una fractura, una hendidura, la *Spaltung* (Lacan, 1999: p.343-349), una falta debida al inconsciente que le impide saber sobre los pensamientos que lo determinan en su causa, es decir, que le impide nombrar, por medio de los significantes, lo que él es y también saber plenamente sobre la verdad como causa de su existencia. Es decir, es un sujeto dividido en el momento que, por el efecto del significativo, operó sobre él una prohibición del goce como ser hablante que le proporcionó un lugar en la cultura.

Así, el sujeto está irreductiblemente inscrito en el deseo del Otro y, en la medida que está capturado en los significantes del Otro se pregunta por su ser, con la cuestión, «¿quién soy yo?», siendo así que:

Frente a la pregunta cartesiana «¿quién soy?»,

y su respuesta: «una cosa pensante» (*res cogitans*),

está la lacaniana:

«¿qué soy en el deseo del Otro?»,

y la respuesta de lo real: «el objeto a» (Cottet, 1988, p.27)

La teoría del sujeto como ser de deseo que adviene en la cadena significativa, le permitió a Lacan anudar el problema de la falta que anunció Freud con su teoría del fantasma, la

cual estructura el cómo el sujeto adviene en el momento mismo que opera en él la pérdida del objeto causa de su deseo, y cómo el sujeto articula su deseo a la búsqueda perenne e infinita de su objeto, que Lacan llamó *objeto a*. Es esta teoría de la función del Goce y del Objeto, que se despliegan en la lógica del sujeto y del Otro, la que permitirá al psicoanálisis comprender la lógica del malestar del sujeto en la actualidad, a la vez que integrar de forma correcta la relación del sujeto a la función del saber y de la verdad como causa (Lacan, 1981: p.360).

El deseo es el que moviliza al sujeto hacia el objeto pulsional, pero como tal, éste no tiene objeto en la realidad; la dimensión del deseo está ligada a una falta que no puede ser satisfecha por ningún objeto real, por tanto; «el único objeto capaz de responder a esta propiedad no es otro que el *objeto del deseo*, ese objeto que Lacan denominará *objeto a*, *objeto del deseo y objeto causa del deseo a la vez, objeto perdido*» (Dor, 1985: p.163). Es decir, el objeto comporta dos aspectos en sí mismo: como real del sujeto para el Otro y como causa del deseo mismo. De igual modo, es tanto la causa de la división del sujeto como el tapón que se ofrece para llenar la brecha abierta por el significativo (Cottet, 1988: p.25).

Lacan llamó también al «*objeto a*», «*objeto plus-de-goce*» (*Mehr-lust*), el cual refiere que al sujeto siempre le hará falta algo para acceder al goce, a la satisfacción absoluta irrecuperable. Entonces el Goce explica para el sujeto su incesante deseo, como un tipo de satisfacción que no es posible de representarse en lo simbólico, mostrando así cómo no-todo el sujeto puede nombrarse, cómo no puede explicar su existencia, ni tener la certeza total de su verdad, haciéndolo un sujeto imposible de adecuarse a las justificaciones de ningún discurso en su totalidad. Este goce en la medida en que es forcluido del orden simbólico, hace culpable

al sujeto de su falta, de su imposibilidad de saberse en su totalidad. Es esta condición del sujeto, de ser faltante, la que lo lleva a asumir cualquier riesgo en pro de una satisfacción imposible.

Además de que el goce es un resto expulsado de lo simbólico, también tiene la característica de no poderse eliminar, lo que hace que retorne en la repetición y provoque tanto un bloqueo en el funcionamiento psíquico como el padecimiento mismo del sujeto. Con esto, si lo simbólico no se hace cargo del goce, sólo queda el sujeto para asumirlo. Y ante este hecho, si recordamos que el sujeto de la ciencia es un sujeto desubjetivado, desustancializado, entonces ¿qué le queda al sujeto para responder con esta exigencia de hacerse cargo de su propio goce?

Es claro que esta carga se le vuelve imposible al sujeto y que tan sólo le queda su inconsciente para hacerse un lugar con dicha aporía. También puede decirse que la operación de repetición en el sujeto de la ciencia hace que el goce, separado de todo sentido en el discurso de la ciencia, reaparezca en lo real desbordando en todo al sujeto mismo.

Es justamente lo real desbordado el sufrimiento que la verdad denuncia, es decir, la verdad que se goza, goza en el dolor y en el grito. Desde aquí se puede ver cómo el psicoanálisis desaloja el ser del sujeto del «yo pienso» y enuncia que el sujeto no es del todo subjetivable, al ubicarlo en su relación con el goce. Es decir, el psicoanálisis comprende que hay algo del sujeto que no es representable y es esta misma dimensión la que le reporta su mayor sufrimiento. Lo que se deriva a partir de ello es el lugar que el sujeto tomará para sí mismo frente a dicha condición propia de su ser. Pero Lacan afirma tácitamente: «De nuestra posición de sujeto somos siempre responsables» (Lacan, 1981: p.343).

El sujeto del inconsciente es portador de una verdad que lo causa, que siempre es una verdad sobre el deseo y que fundamenta toda esta estructura psíquica.

La verdad en cada sujeto es particular a sí mismo, lo que la hace estrictamente singular en su forma de adopción significativa para intentar nombrarse. Sin embargo, en la generalidad del sujeto, la verdad es aquello de lo que nada se querrá saber pero en nombre de la cual siempre se habla. El sujeto porta una causa que lo determina en su ser; pues bien, esta causa es la verdad en sí misma. Ella mueve al sujeto y el saber que se puede captar de ella le permite al sujeto hacer un conocimiento de su subjetividad.

La *verdad como causa* es lo que hace dinámica y establece la relación del sujeto a su «objeto a»; se plantea como escondida más no como ausente; se presenta como enigma mas no como pregunta (Lacan, 1981: p.54-65)

Así, el sujeto porta una verdad que no tiene proporción con el saber que sobre ella pueda hallarse. Por eso Lacan, referido por Colette Soler, afirma que «la verdad se sufre» (Soler, 1998: p.88), y ésta nombra el sufrimiento que el discurso de la ciencia no dice, no ordena, no ubica en un lugar, en su afán de formalización. Colette Soler lo afirma claramente: «... la ciencia logró cortar toda adherencia con esta sustancia gozante que constituye la desgracia del ser hablante» (Soler, 1998: p.89). Por esto precisamente es que el psicoanálisis proporcionó un «regreso de la verdad al campo de la ciencia, con el mismo movimiento con que se impone en el campo de su praxis: reprimida, retorna» (Lacan, 1981: p.310).

Todo ello hace que sólo pueda representarse enunciándose en un medio decir. ¿Qué quiere decir esto? Si para el psicoanálisis la palabra es la única vía para revelar al sujeto, es en sí

misma la vía para revelar la verdad sobre el deseo, ya que mediante aquella la verdad se abre camino en lo real.

CONCLUSIONES

Pues bien, ¿cómo articular las implicaciones que tiene el sujeto del inconsciente, el sujeto del deseo, el sujeto que en sí mismo porta lo real y la verdad como causa de su deseo, en un discurso que se estructura para borrar justamente estas condiciones subjetivas, tal como es el discurso científico?

Lacan en su texto *la ciencia y la verdad*, expone la relación que el discurso de la ciencia hace con la verdad, indicando dos elementos fundamentales:

- A) «la fecundidad prodigiosa de nuestra ciencia ha de ser interrogada en su relación con ese aspecto sobre el que se sostendría la ciencia: que de la verdad como causa no querría-saber-nada» (Lacan, 1981: p.358)
- B) «sin duda, tendré que indicar que la incidencia de la verdad como causa en la ciencia debe reconocerse bajo el aspecto de la causa formal» (Lacan, 1981: p.359)

¿Qué nos aporta esta elaboración de Lacan? En primer lugar, se reconoce que el sujeto del inconsciente porta una verdad que es causa de todo, de los pensamientos, del ser, del deseo, la cual se estructura como causa en el instante mismo que el sujeto puede ser representado en la ley significante. Entonces el discurso de la ciencia produce un sujeto desubjetivado, y ella no quiere saber nada de la verdad de éste, *no querer saber de la verdad como causa* es no querer saber acerca de la imposibilidad para justificar al sujeto en la estructura misma que como discurso ha creado. La palabra que ha significado este no querer saber es la *forclusión*, término Freudiano *-verwerfung-*, que Lacan deriva en un elemento central, por el cual se encuentra un agujero

en el lugar de algo que fue expulsado.

En el sentido etimológico, forclusión es, en francés, una palabra compuesta que significa «excluir del fuero». De allí deriva el psicoanálisis un significado como sigue: forclusión es «la exclusión del fuero (o estructura) de lo inconsciente» (Garáte, 1996: p. 87). Pues bien, forcluir la verdad como causa indica que el discurso de la ciencia la expulsa, la excluye del orden simbólico en el cual se inscribe, forcluyéndo así mismo lo inconsciente que estructura al sujeto. Entonces, «lo simbólico de la ciencia no hace en sí acceder a lo real, que para Lacan es lo que forma agujero en ese semblante articulado que es el discurso científico. Sólo para el sujeto del que ella «no quiere saber nada» la articulación simbólica de la ciencia abre a lo real» (Juraville, 1992: p.252) Así, el discurso de la ciencia inscribe al sujeto en un orden simbólico dejando de lado lo real del sujeto, y lo que incluye toda subjetividad. Uno de los efectos que dicha forclusión genera que lo que no existe como símbolo, como parte de las leyes significantes del discurso en cuestión, reaparece, retorna de todas formas en lo real, es decir, fuera de todo sentido posible, de toda significación. Es lo que Lacan refiere al decir que «lo real no puede inscribirse sino como un impasse de la formalización» (Lacan, 1981: p.112)

Es a partir de este hecho que pueden precisarse varias cosas: si se recuerda el concepto de verdad para el discurso de la ciencia, es posible retomar que la verdad sólo es factible de saberse en tanto verdad formalizada, por lo cual, en segundo lugar, Lacan nombra cómo al discurso científico sólo le interesa la causa formal, es decir, aquella que puede ser aprensible por el saber de la lógica físico-matemática y que puede ser formalizada en las leyes significantes propias del discurso. Sin embargo, él mismo recuerda que «en cualquier campo formalizado de la

verdad hay verdades que no pueden demostrarse» Lacan, 1981, p.175)

Además, forcluir la verdad como causa no indica eliminarla, porque el significante que estructura la verdad es imborrable, siendo así que en el instante mismo que el sujeto es excluido éste deviene, retorna, de la forma menos predecible y determinable. Ello refiere cómo, frente al intento del discurso de la ciencia de generar un sujeto de la ciencia formalizado, el sujeto mismo le evidencia a cada instante que su intento fracasa.

Esta segunda premisa le permite a Lacan señalar el cómo la ciencia pretende que la causa sea en tanto causa formal. Es decir, en el momento en que los fenómenos se comienzan a explicar desde las leyes de la física y las matemáticas que dan una formalización al universo, el discurso de la ciencia elabora toda la teoría de la representación que surge con el sujeto cartesiano, con el fin de aprehender al sujeto mediante las leyes significantes del discurso, lo cual generó que del sujeto se explicaran las causalidades y determinaciones que le dan un sentido y una unidad, obviando así tanto la singularidad como la estructura por la cual el sujeto es un ser en falta que no es aprehensible por completo. Ello hace que se opere una forclusión tanto de la verdad como causa, como de la posibilidad de concebir al sujeto mismo más allá de sus determinaciones. Es este el pretendido dominio absoluto del sujeto desde el saber formal que produce el discurso científico, tal como se nombra en el siguiente apartado:

La ciencia moderna tiene como condición el rechazo de la existencia del goce como un excedente que ningún discurso puede dominar. De ésta verdad inobjetable que es la verdad del sujeto – o el sujeto en su verdad- la ciencia nada quiere saber: hay una falla en todo saber en tanto no hay saber posible acerca del

gocé. El discurso científico re-produce así el rechazo del goce que es propio de la estructura del orden simbólico; rechazo absoluto de la imposibilidad de saber sobre el goce en el cual se sostiene la pretensión de ejercer un dominio absoluto (Gerber 1995: p. 27).

Así, con el discurso de la ciencia el sujeto es excluido de poderse significar y nombrar en sus propios significantes y pasa a ser significado por significantes que responden a leyes lógicas, matemáticas, físicas, mas no a las del inconsciente. He aquí que tanto el discurso analítico como el discurso de la ciencia saben que los significantes están ordenados por leyes, pero la diferencia estriba en que el psicoanálisis da lugar a la significación particular subjetiva que es única de cada sujeto y la ciencia intentó hacer universalizable lo que no es posible. Freud y Lacan en esto son científicos porque descubrieron las leyes significantes inconscientes y las lógicas que operan allí. Por lo anterior, el psicoanálisis permite ampliar el análisis de la siguiente cuestión: si recordamos que el borramiento de las diferencias en el discurso de la ciencia es uno de sus elementos estructurales, es posible afirmar que dicho borramiento está directamente vinculado a borrar el objeto a en su doble funcionalidad, el deseo y el goce. Esto puede explicarse con el siguiente apartado:

el discurso actual tiene la característica de no cubrir más la hiancia de la relación-proporción sexual. De allí el malestar y algo peor, tal vez. Acaso pueda decirse incluso que el psicoanálisis pudo hacer su aparición y, en el fondo, revelar la irreductibilidad de esa hiancia, porque el discurso actual ya no la encubre (Soler, 2000: p.103)

El discurso de la ciencia, al ser una estructura que excluye la subjetividad, es en sí misma generadora de exclusión del sujeto en dos

vías: en primer lugar, en la exclusión de la verdad como causa, y en segundo lugar, en la exclusión de la diferencia radical que el goce del Otro representa.

Viendo así las cosas, ¿qué hace el sujeto en un discurso que no le proporciona un lugar como sujeto del inconsciente? ¿Cómo responde el sujeto por sí mismo teniendo en cuenta que lo que el inconsciente trae a nuestro examen es la ley por la cual la enunciación nunca se reducirá al enunciado de discurso alguno? (Lacan, 1978. p.111). Es esta una de las preguntas que nos aporta Lacan, en este caso en su breve texto de *La metáfora del sujeto*. Por ello el discurso de la ciencia no podrá reducir la enunciación del sujeto a un enunciado formulado matemáticamente y este discurso no podrá, entonces, reducir a un grupo de significantes lo que por ley del lenguaje es impredecible e indeterminado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- COTTET, S. (1988). Pienso donde no soy, soy donde no pienso. En Millar, G. *Presentación de Lacan*. (pp.13-27). Buenos Aires: Manantial.
- DESCARTES, R. (1967). *El discurso del Método*. Buenos Aires: Suramericana.
- DOR, J. La necesidad, el deseo, la demanda. En Dor, J. (1985) *Introducción a la lectura de Lacan: el inconsciente estructurado como un lenguaje*. Barcelona: Gedisa.
- EVANS, D. (1997) Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Buenos Aires: Paidós.
- FREUD, S. (1997) *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu. V.21, V.9,
- GÁRATE, I. y Marinas, J. M. (1996) *Lacan en castellano: tránsito razonado por algunas voces*. Madrid: Quipu
- GERBER, D. Lazo social, cultura y psicoanálisis. (1995) En *Acta Sociológica*. México. No.13 (Ene.-Abr) (pp.27)
- HEIDEGGER, M. *Ciencia y técnica*. (1993) Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- JURANVILLE, A. (1992). *Lacan y la Filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LACAN, J. (1981) *Aún Seminario 20*. Barcelona: Paidós.
- LACAN, J. (1983) *El yo en la teoría de Freud y en la Teoría psicoanalítica: seminario 2*. Barcelona: Paidós.
- LACAN, J. (1999) *Las formaciones del inconsciente: seminario 5*. (pp.343-349) Argentina: Paidós.
- LACAN, J. (1995). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1992). *El reverso del psicoanálisis: seminario 17*. Barcelona: Paidós.
- LACAN, J. (1981). *Escritos*. México: Siglo XXI, 1 V.
- LACAN, J. (1981). *Escritos*. México: Siglo XXI, 2 V.
- MILLER, J.A. (1986). *Ocho conferencias*. Buenos Aires: Manantial.
- O Y G, J. (1966) *Obras completas* Madrid: Revista de Occidente, v.4
- PATIÑO, A. (1993) *Razón-método experiencia: Bacon y Descartes* (pp. 49-54) En *Novum*. Manizales. No.11 (Ene. - Jun)
- PEREIRA, L. M. y Dasuky, S. (1999). *Bienes y fines en el psicoanálisis o ética de la incompletud*. Medellín. Monografía. (Especialistas en Ética) UPB, Escuela de Humanidades.
- RESTREPO, R. (1996) *Descartes y el nacimiento del mundo moderno*. (Pp.1-14) En *Novum*. Manizales. Nº 14 (Ene-Jun).
- SOLER, C. (2000). *La maldición sobre el sexo*. Buenos Aires: Manantial.
- SOLER, C. (1998). *El síntoma en la civilización*. Medellín: Asociación del Campo Freudiano de Colombia.